Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Ensayo sobre el agradecimiento al IIJ

Issa Luna Pla

Una mañana de mayo de 2004 llegué a mi cubículo en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, ubicado justo en la entrada del área de Legislación. La temperatura era adecuada, bastante tibia para no pasar fríos, pero no tan caliente para adormecer. A la semana descubrí que mi oficina colindaba con el baño de hombres y que debía tener unas buenas bocinas para escuchar música y las ventanas cerradas.

Me explicaron muy poco sobre el funcionamiento del Instituto, y mi bienvenida en el claustro de investigadores no se pareció a la que dan a los colegas abogados que han tenido cargos públicos, que han sido magistrados, o los que han inventado doctrinas nuevas. Yo estaba terminando mi tesis de doctorado y me titulaba el mismo año; venía con algunas publicaciones prometedoras, y con recomendaciones de que trabajaba mucho. Tuve claro desde el inicio que llegaba a un lugar donde tenía todo por demostrar. Pero estos atributos de mi perfil no se discutían en los pocos espacios que existen en el Instituto para trivializar y cotillear.

Estudié comunicación en la licenciatura, y terminé un doctorado en derecho sin ser abogada, y ni qué decir de la informalidad de mi apariencia: jeans, blazers, zapatos bajos. Todo esto me diferenciaba de mis solemnes colegas investigadores, además de la edad. Pocos fuimos los que entramos en aquella época al Instituto sin ser abogados, pues se estaba marcando un nuevo episodio en su historia, donde la interdisciplinariedad se valoró altamente.

Desde los 27 años tengo un nombramiento de investigadora, y cada año ha sido una experiencia distinta en el Instituto. Convivir entre su claustro académico es tan solitario como pasar por monje tibetano, sobre todo al principio. Pueden transcurrir algunos años mientras descifras que tu presencia cotidiana es absolutamente prescindible para las autoridades administrativas.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Es totalmente irrelevante para el Instituto si encuentras o no cómo acceder al buzón de tu teléfono; no le importa tanto que comas dentro o fuera de tu oficina, o bien, no le importa que comas; le resulta innecesario tener un mobiliario moderno o computadoras actualizadas. Es posible que después de dos años, en los que asistiendo cotidianamente a mi oficina, los guardias de la entrada me dejaran de preguntar hacia dónde me dirigía y con qué investigador trabajaba. Y luego pasaron más años para que yo entendiera qué es lo que sí importa al Instituto, en qué se invierte más tiempo y atención, y lo que cada uno debe aportar como su "contribución" al Instituto —si tal cosa existe como me la imagino a once años de distancia—.

No había manera de que me aprendiera los nombres de los investigadores más famosos, y de los menos ni se diga. Yo no leí sus libros hasta varios años después de conocerlos personalmente, y tampoco me los recetaron mis profesores en la universidad. Así que tanto ellos como yo nos fuimos indiferentes por un largo tiempo. Hasta que descubrí que mis colegas son la parte más interesante del Instituto. Esto llegó a mí a través del método científico. Después de agotar las fuentes de nuestra increíble y vasta Biblioteca Jorge Carpizo, tuve lo que los teólogos llaman una revelación. El conocimiento más valioso, el más completo, el perfeccionado por la sabiduría, el que rebasa el formato escrito de un libro de texto, está adentro de cada uno de los cubículos del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

Tengo que decir que las secretarias fueron las mejores aliadas para que pudiera acceder al conocimiento puro y duro. Escribía entonces sobre el secreto fiscal, y agoté los conceptos de los libros de nuestra Biblioteca y del fondo histórico reservado de la Biblioteca Nacional. Seguía, lógicamente, hablar con las fuentes vivas de mis más importantes referencias. Toqué la puerta de la doctora Olga Islas y Magallanes, y ella me abrió para contarme lo indispensable y lo justo. Así se me quitó la pena de pedirle a las secretarias que interrumpieran la sagrada concentración de mis colegas para hacer más preguntas. Me senté en la oficina del doctor Sergio García Ramírez y observé sus cuadros, mientras me trataba con respeto y atención. Visité a mi colega Adriana Berrueco, y comprendí que los cubículos se podrían decorar de acuerdo al humor y temática de cada libro que se escribe para encontrar inspiración —como los tableros de imágenes que usan los diseñadores de moda—. Entré al cubículo del doctor Jorge Fernández Ruiz, con su imagen de Benito Juárez sobre la computadora y su mirada expectante, como quien sabe que todas las respuestas están en quien formula las preguntas. Hablé con el doctor Ricardo Valero Recio en el pasillo muchas veces sobre Guillermo O'Donell y otras fuentes no jurídicas que inspiran a todos los investigadores, no impor-

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

ta su edad. Y un día se me apareció el doctor Diego Valadés en mi humilde cubículo para saludarme, y yo sólo esperaba que estuviera cómodo y que los ruidos del baño de hombres no nos interrumpieran.

Los investigadores debemos pasar por muchas experiencias para ser mejores en nuestro trabajo. Algunas de ellas consisten en contratarnos temporalmente entre las filas de los servidores públicos, y otras en participar en consultorías, *think-tanks* o despachos. Cada trabajo externo nos hace dudar de la vocación de investigación, reorganizar la agenda de prioridades, y a muchos, regresar al Instituto con más energías que antes para escribir y enseñar. Claro, si tan sólo hiciéramos eso: escribir y enseñar.

La diversificación de actividades que tenemos los investigadores del Instituto es demente. Su prestigio hace que los sectores interesados y las elites políticas nos busquen todo el tiempo para consejos, asesoría, estudios y proyectos legales con incidencia política, organización de eventos para generar discusiones imparciales y académicas (esferas casi extintas en México). A estas alturas he pertenecido a tantos consejos consultivos de organizaciones públicas y privadas, de revistas y comités editoriales de órganos públicos, que de mi contribución a éstos y de las discusiones que escuché en ellos, podría escribir varios artículos. Es inevitable: ser investigador aquí es como ser un ladrillo más de su edificio, estamos obligados de manera fortuita a sostenerlo y darle prestigio.

El Instituto de Investigaciones Jurídicas no solamente ha creado en estos 75 años de existencia nuevos enfoques y doctrinas jurídicas. También ha formado investigadores tan especializados en sus campos, y libres en su pensamiento, que además de escribir y difundir el conocimiento, son piezas insustituibles de los rompecabezas de la burocracia mexicana. ¿Cómo se puede no agradecer al Instituto la gran experiencia de ser un monje en su Claustro y aprender a la Pávlov de sus objetivos y fines? Sólo la gente que trabaja en Google, California, ha experimentado en carne propia algo similar, encontrando su lugar en la institución y definiendo con el tiempo y la experiencia lo que será su aportación. Y los que no encuentran su lugar en la institución, es justo que sean libres de buscar otros campos de trabajo.

George Steiner dice que un libro no escrito es más que un vacío, porque acompaña la obra del autor como una sombra irónica y triste. Es una reflexión leve sobre lo que falta por escribir, pero más bien, de lo que no podemos ignorar cuando escribimos porque nos antecede como sombra. En mi primer libro de autoría que publicó el Instituto escribí un agradecimiento a esta sombra. Le agradecí al Instituto de Investigaciones Jurídicas por ser "el lugar donde he encontrado la libertad y la confianza para el ejercicio de la

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

creatividad, la escritura y la enseñanza". Haciendo a un lado la rima de primer grado de poesía, mi agradecimiento era tan profundo entonces como lo es ahora. Le agradezco por lo que me falta vivir entre sus muros y por los investigadores que tengo como colegas.

Todavía no logro encontrar un buen pretexto para entrar a la oficina del más veterano de los fundadores de nuestro Instituto, el doctor Héctor Fix-Zamudio, y seguramente pasaremos sin saludarnos hasta el final de nuestras vidas. Pero cuando nos sentamos en la misma fila del auditorio en las reuniones del Claustro, y me mira como los guardias de la entrada allá en el 2004 tratando de adivinar con qué investigador trabajo, al menos sabe que soy un ladrillo del edificio que él construyó, y eso basta.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas